



Rainer María Rilke

Elegías de Duino

Primera Elegía

¿Quién me escucharía
entre las cohortes de ángeles, si grito?
Y aún cuando en su propio corazón, de súbito,
me tomara alguno, me aniquilaría su ser más pujante.
Pues, de lo terrible lo bello no es más que ese grado
que aún soportamos. Y si lo admiramos
es porque en su calma desdeña destruirnos.
Terrible es todo ángel. Por eso me callo
y de mis oscuros sollozos el clamor ahogo.
¡Ay! ¿De quién podemos valerlos? No de ángeles ni de hombres.

Ya los animales, sagaces, advierten
que en el mundo dado no estamos tan cómodos
como en nuestra casa. Nos queda quizá
un árbol en una ladera; nos queda el camino de ayer
y también el apego de un hábito
al que le agradaba nuestra compañía;
se quedó y está.
¡La noche! ¡Oh, la noche, cuando el viento henchido
del espacio cósmico nos consume el rostro!...
¡Con quién la anhelada no se quedaría,

ella que tan suave, que tan dulcemente nos desilusiona!
Para el alma a solas una nueva prueba...
¿Es quizás más leve para los amantes?
¡Pero ellos se ocultan entre sí la suerte!
¿No lo sabes? Lanza fuera de tus brazos
hacia los espacios tu vacío, al aire donde respiramos;
todo su tamaño las aves, quizá,
lo sientan como un vuelo más hondo.
Sí, las primaveras te han necesitado.
Y entre las estrellas muchas te obligaban
a que las sintieras.
Hacia ti, del tiempo pasado se acercaba una ola
o cuando pasabas junto a una ventana
un violín se daba. Todo era un mensaje.
Pero, ¿lo has captado? ¿No te distraías aún en la espera,
como si las cosas todas el anuncio
fuera de una amada? ¿Dónde has de guardarla
cuando tus extraños grandes pensamientos
entren a tu casa
o salgan... y a veces se queden en la noche?
Si sientes nostalgia, canta a los amantes.
Todavía falta para que su célebre
sentimiento alcance la inmortalidad.
Recuerda que el héroe se mantiene siempre;
no fue su caída más que un subterfugio
para ser: un nuevo, sumo nacimiento.
Cántalas a éstas, las abandonadas
que por poco envidias y te parecieron
tanto más amantes que las satisfechas.
¡Comienza de nuevo la loa jamás accesible!
¡Pero las amantes! A ellas ,extenuada, las naturaleza
las toma en su seno de nuevo,
como si dos veces no tuviera fuerzas
para producirlas. A Gaspara Stampa
no la has recordado lo bastante para que cualquiera joven
que perdió al amado, con el noble ejemplo
de esta amante sienta: “Yo seré como ella”?
¿Estos más antiguos dolores al cabo
no han de resultarnos más fecundos? ¿No es tiempo
ya que nos libremos, nosotros que amamos,
del objeto amado?
lo resistamos temblando,
tal como la cuerda resiste la flecha,
para, así, en el salto reunida la fuerza,
ser más que ella misma.
No hay que detenerse.

¡Voces, voces, voces!
Corazón: escucha como antes tan sólo
los santos lo hacían, tanto que el inmenso llamado

del suelo elevábalos; pero, inmovibles, se estaban de hinojos
y no lo seguían; tan sólo escuchaban.
No es, ni mucho menos, que la voz pudieras soportar de Dios.
Pero oye la brisa que sopla, el anuncio
que, hecho de silencio, jamás se interrumpe.
Pues, ahora, de esos que murieron jóvenes
te llega el murmullo. Dondequiera entraste
¿no te habló en iglesias de Roma o de Nápoles
con sereno acento su propio destino?
O quizás su augusto mensaje lo hallaste
en una inscripción,
como últimamente en la placa de Santa María Formosa.
¿Qué quieren de mí? Con dulzura debo
quitar la apariencia de injusticia en ellos,
que en algo al espíritu,
a veces, el puro movimiento estorba.

Realmente es extraño no habitar la tierra,
no ejercer empleos recién aprehendidos,
no dar a las rosas
ni a las otras cosas en sí promisorias
el significado el destino humano;
no ser más lo que uno antes era en las manos
infinitamente medrosas y hasta el propio nombre
dejar, como un roto juguete, de lado.
Raro los deseos no desear como antes;
raro ver flotando tan libre en el aire
lo que estaba unido.
Es el estar muerto tarea difícil,
un recuperarse de lleno, para, paso a paso,
sentir un asomo de la eternidad.
Todos los que viven cometen la falta
de hacer diferencias demasiado netas.
Los ángeles mismos (se dice) a menudo
no sabrían si andan por entre los vivos
o los que ya han muerto. La corriente eterna
sin cesar arrastra todas las edades
por las dos esferas
y en ambas impone silencio su voz.

Los arrebatados prematuramente
no nos necesitan al fin. Poco a poco
nos deshabitamos de lo terrenal,
como de los senos de maternos se apartan los niños.
No obstante, nosotros, que necesitamos
tan grandes misterios, para quienes nace tan frecuentemente
del duelo un progreso dichoso...
sin ellos, ¿podríamos ser?
¿Es vana leyenda creer que en el luto
por Linos, osada, la primera música

penetró la inánime materia reseca?
¿Qué en aquel espacio trémulo de espanto
del cual para siempre, casi un dios, el joven
se escapó de pronto, recién el vacío
convirtiéndose en esa vibración sublime
que hoy nos arrebatara, consuela y ayuda?

Segunda Elegía

Terrible es todo ángel.
No obstante, a sabiendas yo os invoco y nombro,
Pájaros mortales casi para el alma.
¿Qué lejos los tiempos de Tobías, cuando
frente a la sencilla puerta de la choza
levantábase uno de los más radiantes
disfrazado apenas para el viaje, a punto de no ser temible.
Joven para el joven:
¿con qué ojos curiosos miraba a lo lejos!
Si ahora, imponente, llegara el arcángel tras de las estrellas
y hacia acá tan sólo descendiera un paso:
latiendo a su encuentro
los golpes del corazón ansioso
nos abatirían.

Primeras criaturas perfectas, mimados del mundo,
líneas en alturas, rojizas crestas matinales
de todo lo creado, polen de la divinidad floreciente,
espacios de la esencia, escudos de gozo,
bravíos tumultos de impetuosos éxtasis
y de pronto, aislados
espejos que en ondas vuelcan la belleza
y la reproducen en su propio rostro.
Pues, para nosotros sentir es diluirnos.
¡Ay! Nos exhalamos y nos disipamos.
Y de brasa en brasa damos un perfume cada vez más débil.
Entonces alguno nos dice:
“Pasas a mi sangre... esta sala y esta primavera
se llenan contigo”.
Pero, ¿de qué vale? No puede él tenernos
y en él y en su torno desapareceremos.
¿Y a éstos que son tan bellos? ¡Oh! ¿Quién los retiene?
A su rostro sube de modo constante la apariencia y váse.
Como de la hierba temprana el rocío,
Trasciende lo nuestro de nosotros, como
de un manjar caliente trasciende el calor.
¿Sonreír? ¿Adónde? Levantar los ojos:
una nueva y cálida onda que del propio
corazón se escapa.

¡Ay de mí! No obstante, somos eso. ¿Acaso
tiene el universo donde nos diluimos un sabor humano?
¿No toman los ángeles
realmente lo suyo, lo que de ellos mana?
¿O también, a veces, hay al mismo tiempo, como por descuido,
siquiera una parte de la esencia nuestra?
¿Acaso en sus rasgos estamos mezclados
tanto cual lo vago lo está en el semblante de mujer encinta?
¡Cómo lo sabrían!

Los que aman podrían, si lo comprendieran,
decir en la noche palabras extrañas.
Contempla los árboles: son. Y todavía
subsisten las casas en donde vivimos.
Tan sólo nosotros pasamos delante de todas las cosas como aire furtivo.
Y para acallarnos todo se concierta, medio por vergüenza
tal vez y otro tanto como una infame esperanza.

¡Oh, amantes, vosotros que os bastáis a solas! A vosotros quiero
preguntar qué somos. Os tomáis las manos. ¿Poseéis las pruebas?
Mirad: me acontece que entre sí mis manos
se saben o en ellas mi rostro gastado se halaga.
Y así, soy un tanto conciente de mí.
Mas, ¿quién osaría ser por esto sólo?
Vosotros, en cambio,
que en el éxtasis del otro os agrandáis
hasta que él os ruega, subyugado: ¡Basta!...
los que entre las manos os hacéis más plenos,
cual los años las uvas;
los que muchas veces desaparecéis
sólo porque el otro prevalece en todo,
de nuevo os pregunto: ¿Qué somos?... Lo sé:
hay en vuestros besos beatitud tan grande
porque la caricia retiene, y el sitio
que vuestra ternura recubre, persiste;
porque en el hechizo del amor la pura duración sentís.
Tanto que al abrazo lo creéis promesa de una eternidad.
Y, no obstante, cuando
os habéis repuesto del susto del primer encuentro
y de la nostalgia junto a la ventana
y de ese paseo,
el único, juntos a través del huerto:
¡Oh, amantes!... Entonces, ¿lo sois todavía?
Cuando el uno al otro os alzáis en brazos
bebiendo en la boca... sorbo contra sorbo...
¡con qué extraña prisa se evade del acto luego el bebedor!

¿No habéis contemplado con asombro sobre las estelas áticas
toda la prudencia del humano gesto?
¿Sobre las espaldas el Amor no estaba

y el Adiós posados, tan ligeros como
hechos e materia distinta a la nuestra?
Recordaos cómo descansan sus manos ingravidas
por más que en los torsos el vigor perdura.
Dueños de sí mismos, ellos bien lo sabían:
Hasta aquí llegamos... Lo nuestro es rozarnos así.
Con más fuerza en nosotros presionan los dioses.
Pero éste es asunto que concierne a ellos.

Ojalá nosotros también encontráramos
siquiera una escasa, duradera y pura porción de lo humano,
una franja nuestra de tierra fecunda
entre río y roca, Pues, aún el propio
corazón, como ellos, sin cesar se eleva
por sobre nosotros. Y nuestra miradas no pueden seguirlo
hasta en las imágenes que lo tranquilizan,
ni aún en los cuerpos divinos en donde,
más grande, se calma.

Tercera Elegía

¡Ay! Cantar a la amada es una cosa... y otra
a ese oculto y culpable dios-río de la sangre!
El joven, al que aquélla percibe desde lejos,
qué sabe por sí mismo del Maestro del goce
que desde su retiro saliendo, tantas veces
antes que la muchacha lo aplacara, a menudo
como si no existiera -¡y cuánto incognoscible
chorreando!- levantaba su cabeza de dios,
a un tumulto infinito conjurando la noche.
Neptuno de la sangre, ¡terrible es su tridente!
¡Sombrío es el aliento de su pecho que brota
de un caracol marino!
¡Mira cómo la noche se artesona y ahueca!
¡Oh, estrellas! ¿No proviene de vosotras el gozo
que al amante hacia el rostro de la muchacha impele?
¿No le debe a los astros esa íntima mirada
que él hunde en la pureza de sus ardientes ojos?

No eres tú, ni su madre, quienes así han tendido
el arco de sus cejas en angustiosa espera.
No ha sido, no, tu arrimo, muchacha sensitiva,
el que torció sus labios en gesto más fecundo.
¿Crees que tu ligera presencia habría sido
capaz de conmoverlo de esa manera acaso?
¿Tú, la que como el viento de la mañana pasas?
Que le has sobresaltado su corazón, no hay duda,
pero otros sobresaltos de origen más profundo
en él se despeñaron al choque de tu arrimo.

Puedes llamarlo... nunca desde su oscuro círculo
lo arrancará del todo tu llamamiento. Es cierto
que quiere, que se evade; ligeramente acude
y se instala en el dulce secreto de tu pecho
y se repone y tiene comienzo... Sin embargo
¿tuvo jamás comienzo?

Tú lo hiciste pequeño, fuiste quien lo ha formado;
para ti era un ser nuevo, no más; y ante sus ojos
noveles le inclinabas todo un mundo amistoso,
rechazando lo adverso.

¿Dónde -¡ay!- están los años
en que sencillamente con su figura esbelta
le hurtabas, reemplazándolo, el agitado caos?
¡Cuánto así le ocultabas! El cuarto, que de noche
causábale recelo, se hacía inofensivo;
en sus espacio nocturno, tu corazón, refugio
sin límite, un espacio más humano infundía.
Ponías, no en las sombras la lámpara nocturna,
sino en tu ser más próximo y era una luz amiga...
Los más leves crujidos le explicabas sonriendo
como si ya supieras de mucho tiempo cuándo
crujirían las tablas del piso.

Y escuchándote,
se quedaba tranquilo. Cuando te levantabas,
tan grande era la fuerza que había en su ternura
que el destino del niño, gigantesco en su capa,
corría a escamotearse detrás del gran armario;
y su futuro inquieto, de movedizos límites,
se hallaba entre los pliegues del cortinado a gusto.

Y él, mientras descansaba con tanto alivio, bajos
los somnolientos párpados, fundiendo la dulzura
de tus ligeras formas con el sabor del sueño
cercano, parecía realmente un custodiado.
Mas, ¿quién lo defendía, dentro de sí, del ímpetu?
¿Quién le atajaba adentro las olas de su origen?
Nada el durmiente había precavido; durmiendo,
pero también soñando, febril, ¡cómo se daba!
Medroso y nuevo, ¡cómo teníanlo enredado
las invasoras lianas del suceder interno,
dispuestas ya, enlazadas para formar modelos,
para un estrangulante crecer, para figuras
huidizas de animales! ¡Cómo él se abandonaba!
Verdad que amaba. Amaba su mundo interno, el caos
de su interior, la selva milenaria que dentro
llevaba, sobre cuyo derrumbe silencioso
su corazón se erguía resplandeciente y verde.
Amaba... pero luego se abandonó, saltando
por sus raíces propias al poderoso origen
donde su nacimiento, pequeña cosa, ya era

sobrepujado. Amando, descendió a los veneros
de sangre más antigua, descendió a los abismos
donde, harto de los padres, yacía lo espantoso.
Y todo lo terrible, sin más, lo conocía,
guiñábale los ojos, parecía de acuerdo.
Hasta le sonreía lo horrendo. Pocas veces
tú has sonreído, madre, tan dulce y tiernamente.
Y si le sonreía, ¿cómo no amarlo, pues?
Antes que a ti, él amaba lo horrendo; porque, madre,
cuando tú lo gestabas, estaba ya disuelto
en el agua que el germen vivífico aligera.

Mira: desde un sol año, como la flor, no amamos;
en los brazos nos sube, cuando amamos, la savia
de inmemoriales tiempos... Recuérdalo, muchacha:
En nosotros no amábamos algo por ser, futuro,
sino lo que fermenta sinnúmero de veces;
no amábamos al niño sin par, sino a los padres
que en nosotros reposan cual ruinas de montañas;
sino el cauce reseco de las antiguas madres;
sino el paisaje entero, sin ruido, bajo el puro
destino o el destino con nubes... ¡Oh, muchacha!:
¡esto te precedió!
Y tú misma, ¡qué sabes! Hiciste en el amante
surgir la edad atávica. Y cuántos sentimientos
de seres ya olvidados de nuevo se agitaron
en él. Cuántas mujeres, así, te aborrecieron.
¿Qué clase de hombres hoscos despertaste en las venas
del doncel?... Niños muertos querían acercársete.
¡Oh, suave, suavemente, para tranquilizarlo,
haz alguna graciosa tarea cotidiana!...
Condúcelo muy cerca de tu jardín y dale
el supremo dominio
de las noches... Retenlo...

Cuarta Elegía

¡Oh, árboles de la vida!
¿Cuándo seréis los árboles del invierno?
Nunca estamos los hombres de consuno
como lo están las aves migratorias.
Superados y tarde, avasallamos
de súbito los vientos para luego
caer en un estanque indiferente.
En la conciencia nuestra al mismo tiempo
sucede el florecer y el marchitarnos.
Y donde quiera hay leones todavía
que toda suerte de potencia ignoran
mientras en ellos la arrogancia dura.

Pero en cambio, nosotros
cuando pensamos una cosa, toda,
sentimos ya el despliegue de la otra.
Lo que nos es hostil está más próximo
que todo lo demás. A cada instante
¿no chocan los amantes con los límites,
el uno contra el otro, ellos que patria
y caza y vastedad se prometían?
Entonces, con afán, para que veamos
lo fugaz de la traza,
se nos prepara un fondo de contraste;
porque se es muy preciso con nosotros.
Pero no conocemos el contorno
de nuestra sensación; únicamente
sabemos qué lo forma desde fuera.
¿Quién no estuvo sentado con angustia
ante el telón del propio corazón?
Aquél se levantó y el decorado
era una despedida.
Fácil de comprender...El consabido
jardín, y el apacible balanceo.
Y sale el danzarín en primer término.
No es él. Con eso basta. Y aunque actúa
con sueltos ademanes
lleva disfraz y en un burgués acaba
que entra en su habitación por la cocina.

Máscaras medio huecas, no las quiero.
Prefiero la muñeca. Es toda llena.
Me decido aguantarme los muñecos
con su alambre y sus caras de apariencia.
Aquí. Ya estoy delante.
Y aunque al final las lámparas se apaguen,
aunque alguno me diga: "Nada más",
aunque desde las tablas
 me acometa el vacío del recinto
con su corriente de aire gris, aun cuando
no me haga compañía
ninguno de los quietos y callados
antepasados míos, ni una dama,
ni siquiera el muchacho de castaños
ojos bizcos, con todo,
me he de quedar no más. Siempre hay que ver.

¿No tengo, pues, razón? Tú, padre mío,
que la vida te supo tan amarga
probando de la mía.
tú, padre, que has bebido tantas veces,
-mientras yo iba creciendo-

las primeras borrosas infusiones
de mi tener-que-hacer y, preocupado
por el acre resabio
de un porvenir tan raro, tan extraño,
pusiste a prueba mis velados ojos,
tú, que a pesar de muerto, te amedrentas
por mi íntima esperanza
y en pro de mi parcela de destino
abandonas la calma de los muertos,
los reinos de la calma de los muertos,
¿no tengo, pues, razón?
¿No la tengo, vosotros que amabais
por mi pequeño paso
de amor que hacia vosotros impelía,
del cual constantemente me apartaba,
pues para mí, el espacio
que había, en vuestra faz, mientras lo amaba,
se iba al espacio universal, en donde
dejabais ya de ser?... Si se me ocurre,
me he de quedar aquí frente a la escena
de las muñecas, no,
la he de seguir mirando tan de lleno
que para equilibrar esta mirada
tenga al final que aparecer un ángel
y empujar, como actor, a los muñecos.
¡Oh! Ángel y muñeco:
Entonces finalmente hay espectáculo.
Entonces otra vez se reconcilia
Lo que estando en el mundo no cesábamos
De desunir. Entonces solamente
de nuestras estaciones nace el ciclo
de la total transformación. Entonces
encima de nosotros juega el ángel.
Mira: los moribundos
no tendrían siquiera la sospecha
cuán lleno de pretexto se halla todo
lo que hacemos aquí. Nada es sí mismo.
¡Oh, las horas inmensas de la infancia,
cuando tras las figuras se escondía
algo más que pretérito
y no estaba el futuro ante nosotros!
A la verdad, crecíamos y a veces
nos urgía la prisa de ser grandes,
en parte por amor a los que lo eran
y otra cosa no tienen que ser grandes.
En nuestro andar a solas, sin embargo,
nos henchía el placer de lo que dura
y estábamos ahí en el intervalo
entre mundo y juguete,
en un lugar que fue desde el comienzo

para un suceso puro establecido.

¿Quién muestra un niño, tal cual es, y ubícalo
en la constelación? ¿Quién la medida de las distancias en sus manos pone?
¿Quién con ese pan gris que se endurece
la muerte de los niños elabora,
o se la deja dentro
de la boca redonda, como el núcleo
de una hermosa manzana?...Es cosa fácil
ver de los asesinos el designio.
Sí, pero eso: la muerte,
toda la muerte contener desde antes
de comenzar la vida, contenerla
con tanta dulcedumbre...y no ser malo,
eso es inenarrable.

Quinta Elegía

Dedicada a la Sra. Hertha König

¿Quiénes son, dime, los errantes, esos un poco
más fugitivos que nosotros todavía?
¿Quiénes son éstos
a los que tuerce como a ropa, de improviso
(¿en pro de quién?)
una premiosa voluntad insatisfecha?
De extraño
Modo los arrolla, los retuerce
los dobla y junta y bambolea,
los lanza y toma de rebote; se diría
que desde un aire enaceitado, cada vez más resbaladizo,
caen al suelo
sobre la alfombra ya raleada
por sus eternos lanzamientos,
sobre esa alfombra
como perdida en un rincón del universo..
Tendida a modo de un emplasto, como el cielo de extramuros
hubiese herido allí la tierra.

Y en cuanto caen
están derechos ya, exhibiendo: la mayúscula
letra inicial de estar parados.

Pero la garra
que reaparece una y cien veces en su juego
rodar los hace nuevamente,
aún a los hombres más robustos,
como en la mesa de Augusto el Fuerte
rodar un plato de metal.
Alrededor –¡ay!- de este centro:
la expectación como una rosa que florece y se deshoja
Y en torno de este majador
está el pistilo que al contacto de su polen,

sin que jamás llegue a saberlo, es fecundado
y da de nuevo fruto vano del hastío
y en su más tenue superficie
brilla un fastidio que aparenta una sonrisa.

Después el seco, avellanado luchador,
el viejo atleta que sin cesar tamborilea,
de su fornida piel cubierto,
que en otros tiempos a dos hombres parecería haber servido,
de los que el uno dormiría en algún viejo camposanto,
mientras el otro sobrevive,
pero está sordo y muchas veces
en la piel viuda se enmaraña.

En cambio el joven, que pareciera ser el hijo
de una cerviz y de una monja: tenso y rollizo
de sencillez y fuertes músculos.

¡Oh, sí, vosotros
que un sufrimiento, pequeñuelo todavía,
como a un juguete os recibiera alguna vez, en una de esas
convalecencias que se alargan!...

Tú, que inmaduro todavía,
con el rebote conocido por las frutas,
caes cien veces cada día desde el árbol
de movimiento
que todos juntos erigieron –árbol más rápido que el agua-,
donde en poquísimos minutos se suceden
la primavera y el verano y el otoño,
caes y chocas en la tumba...
y en una breve media pausa, muchas veces, pareciera
que va a nacerte una amorosa y tierna faz vuelta a tu madre,
la de dulzura extraordinaria...
pero en tu cuerpo,
que capa a capa la desgasta, se disipa
y el rostro apenas
tímidamente se insinúa.

Y ya las manos otra vez chasquea el hombre
llamando a un nuevo lanzamiento;
y antes que sientas claramente un dolor cerca
del agitado corazón,
a su motivo se anticipa la quemadura de tus plantas
y de tu carne, un par de lágrimas
se precipita de tus ojos.

Pero, inmediatamente, a ciegas
la sonrisa...

¡Oh, ángel, tómala!

¡Corta la hierba saludable de diminutas florecillas!
¡Búscate un vaso, guárdala!
¡Ponla entre aquellas alegrías que no nos fueron aún abiertas!
¡Celebrala con este rótulo florido y entusiasta:
“Subrisio saltat”

Y luego tú, la encantadora,
por las más dulces alegrías
sobrepasada en mudo salto.
Para ti acaso
son venturosas las franjillas;
sobre tus senos juveniles y turgentes
quizás se siente inmensamente acariciada y satisfecha
la seda verde de metálicos reflejos...

Tú, sobre todas las balanzas oscilantes
del equilibrio, colocada
de una manera diferente cada vez,
fruta impasible de mercado
entre los hombros dada al público.
¡Oh! ¿Dónde, dónde está el lugar (lo llevo adentro)
donde podían no hace mucho todavía
uno del otro desasirse
como animales que se cubren y no están bien apareados;
donde los pesos todavía son pesantes;
donde los platos todavía
remolinean cuando caen
de sus bastones
que en vano siguen dando vueltas?

Y de repente, en el penoso en-parte-alguna, de repente,
el inefable lugar donde, de una manera inconcebible,
lo puramente insuficiente se transforma...se abalanza
a ese vacío demasiado.
Donde la cuenta de casillas numerosas
cierra sin número.
¡Plazas! ¡Oh, plaza de París, la de infinitos espectáculos!
Aquella donde la modista, Madame Lamort,
con los caminos sin descanso de la tierra,
cintas que nunca tienen fin,
entrelazándolos, trenzándolos, tejiéndolos,
inventa moños, plisadillos, escarapelas, flores frutas...
de un colorido inverosímil; y, baratos,
con ellos crea los sombreros del destino, para invierno.

Ángel: quizás haya una plaza, que no hemos visto, donde acaso
en un alfombra inexpresable exhibirían los amantes
eso que nunca aquí pudieron: las figuras
del frenesí del corazón, altas y audaces,
sus torres hechas de placer,
sus escaleras

que desde largo tiempo apenas (donde jamás tuvieron piso)
se sostendrían apoyadas una en otra, temblorosas...
Y en esa plaza lo podrían, rodeados
de espectadores silenciosos, muertos innúmeros:
¿Entonces éstos lanzarían sobre la alfombra ya tranquila
sus piezas últimas, ahorradas
y atesoradas desde siempre y siempre válidas,
esas monedas de la dicha, ante los ojos
de la pareja que sonrío finalmente
con su sonrisa verdadera...?

Sexta Elegía

Higuera: hace tiempo ya que me sorprende
cómo casi omite el florecimiento;
y dentro, en la fruta decidida a tiempo,
sin alarde, inyectas tu puro secreto.
Lo mismo que el caño de los surtidores,
tu ramaje curvo
lleva hacia los lados y arriba la savia
que desde su sueño, despertada apenas,
irrumpe en la dicha de su obra más dulce.
Tal, en otros tiempos, el dios en el cisne...
Pero a los humanos
¡ay! sólo nos place florecer; tardamos y nos rezagamos
y a destiempo entramos en el rezagado
corazón de nuestro fruto terminal.
En pocos la prisa de hacer es tan fuerte
que arden ya y desbordan en sus corazones
cuando los halagos del florecimiento,
como aire nocturno más suave, les mima
las jóvenes bocas, les mima los párpados;
acaso los héroes y los elegidos
prematuramente para el más allá,
a quienes la muerte, hortelana
les dobla las venas en curvas más ágiles.
Estos se abalanzan;
preceden su propia sonrisa
como en esas figuras en hueco de Karnack
el tronco de alfanas al rey victorioso.

Raro el parecido de los muertos jóvenes
con el héroe. A éste durar no le importa.
su ascensión es vida. Se exalta y se lanza
cada vez en medio de las renovadas
formas de peligro
que en todo momento lo acecha.
¡Ah! Pocos podrían seguirlo hasta allí.
No obstante el destino que, hosco, nos impone

silencio, de pronto se entusiasma y canta;
y en el torbellino de su mundo, al punto
sonoro, lo arrastra. Ya no escucho a nadie
sino a él. De súbito me traspasa el aire
torrencial del hondo canto ensombrecido.

Si entonces pudiera rehuir la nostalgia
de se un chiquillo todavía, un niño
que tiene una vida delante y se sienta,
sobre los futuros brazos apoyado,
a leer la historia de Sansón y cómo
la madre infecunda, después parió todo.

¿No fue ya en ti un héroe? ¡Oh, madre! En tu seno
¿no eligió ya el niño su suerte imperiosa?
Miles en el seno gestábanse y todos querían ser él.
Pero, mira: él toma, separa, elige y hace, poderoso.
Cuando las columnas del templo sacude,
es porque del mundo de tu cuerpo ¡madre!
irruyó en el mundo más estrecho, donde
poderoso, nunca dejó de elegir.
¡Oh, madres de héroes! ¡Oh, fuentes de ríos rápidos! Profundos
abismos en donde caen, gemebundas,
desde el alto borde de los corazones,
las muchachas, víctimas futuras del hijo.
Pues el héroe, lleno de ímpetu, atraviesa
todas las mansiones del amor; cada una
lo eleva más alto, cada corazón
que por él palpita. Y no obstante, cuando
cesan las sonrisas, se aparta y es otro.

Séptima Elegía

¡Basta de súplicas! ¡Basta! Que una voz nacida en ti
sea el alma de tu grito; grito puro en otro tiempo
como el reclamo del pájaro cuando la estación lo exalta,
casi olvidando que no es más que un mísero animal
y no más que un solitario corazón que aquella lanza
al sereno firmamento, a lo íntimo delos cielos.
No menos que él, buscarías que la amada aún invisible
te percibiera, la amiga que, callada todavía,
poco a poco te responde y al oírte se enardece,
sensitiva compañera de tu osado sentimiento.
¡Oh! También la primavera,
gozosa, comprendería: no hay allí lugar alguno
que no tuviera el acento de la Anunciación. Primero,
ese leve e inquisitivo despertar de un rumorero
al que acalla desde lejos la quietud esplendorosa
de la luz de un día puro que se afirma silencioso.

Y después, gradas arriba, gradas de clamor, arriba,
hacia el templo entresoñado del futuro. Y enseguida,
los trinos, un surtidor que en el juego de promesas
con el ímpetu del chorro se adelanta a la caída.
Y luego, ante sí, el verano...
Y no sólo las mañanas, las mañanas estivales...
y cómo en día se truecan y esplenden desde el comienzo.

No sólo los días, tiernos con las flores y, en lo alto,
poderosos con los árboles de forma acabada, y fuertes.
No solamente la unción de estas fuerzas desplegadas;
los caminos y los prados crepusculares...; no sólo
la claridad que respira tras la borrasca tardía;
no sólo el sueño que llega, no sólo un presentimiento
De tarde...sino las noches! ¡Las altas noches de estío!
¡Sino también las estrellas, las estrellas de la tierra!
¡Oh, estar muerto alguna vez y conocerlas a todas,
infinitamente a todas! Pues, ¡cómo, cómo olvidarlas!

Mira; entonces a la amante llamaría. Pero sola,
a sus solas no vendría. De las tumbas inseguras
saldrían otras muchachas y a mi grito acudirían.
Pues, ¿cómo, una vez lanzado limitar mi llamamiento?
Todavía las sepultas quieren volver a la tierra.
Una cosa de aquí -¡niños!- cogida ya, vale mucho.
No creáis, no, que el destino sea algo más que lo denso
de la infancia. ¡Cuántas veces al amante aventajasteis
respirando, respirando tras un error venturoso,
sin objeto, al aire libre! ¡Soberbio es estar aquí!
Lo sabíais ya, muchachas, vosotras en apariencia
desposeídas, hundidas...en las callejas más sórdidas
de las urbes...supurantes...o abiertas a la caída.
Pero siempre hubo una hora para cada una o, quizás,
menos que una hora entera,
algo apenas mensurable con las medidas del tiempo,
tendido entre dos instantes. Pero toda una existencia
había. Todo. Las venas pletóricas de existencia.
Y sin embargo nosotros tan fácilmente olvidamos
lo que el vecino que ríe no nos confirma o envidia.
Visiblemente queremos destacar eso; no obstante,
la dicha más accesible no se nos da a conocer
sino cando en nuestro propio corazón la transformamos.

En ninguna parte, amada, habrá mundo sino adentro.
Nuestra vida no es más que una transformación incesante.
Y, cada vez más exiguo, desaparece lo externo.
Donde antes hubo una casa durable, se nos ofrece
un producto imaginario, de través, que enteramente
pertenece al pensamiento, como si aún estuviera
todo dentro del cerebro.

El espíritu del siglo
se crea vastos depósitos de fuerza, falto de forma
como el ímpetu expansivo que bebe en todas las cosas.
Ya no conoce los templos. Esta prodigalidad
del corazón la guardamos como un ahorro secreto.
Sí, todo lo que perdura de otros tiempos todavía,
toda cosa antes motivo de imploración y servida
de rodillas, se recoge, tal cual es, en lo Invisible.
Muchos ya no la reparan ni cuentan con la ventaja
de volver a construirla, más grande, dentro de sí
con estatuas y pilares.

Hay tales desheredados en cada insensible vuelta
del mundo, que no poseen lo anterior ni lo más próximo.
Porque también lo más próximo está lejos para el hombre.
Que esto no nos desconcierte; que fortalezca en nosotros
la custodia de la forma todavía cognoscible.
La que antes entre los hombres se levantaba, la que antes
se erguía en medio del hado anonadador y en medio
de ese no-saber-adónde, cual si fuera, y a la tierra
doblegaba las estrellas desde los cielos seguros.
Ángel a ti te la muestro una vez más: ¡Allí! ¡Frente
a tus piradas se yergue salva al fin, al fin de pie!
Columnas, fustes, Esfinge...el afanoso elevarse
de la catedral que surge, gris, de la urbe caduca
o de la urbe extranjera. ¿No eran acaso un milagro?
¡Oh, maravíllate, Ángel, pues nosotros somos eso!
Gran Ángel: nosotros fuimos capaces de tales cosas;
proclámalo, que mi aliento no es bastante a celebrarlas.
Así, con todo, a nosotros no nos han faltado espacios,
esos espacios que guardan, los espacios que son nuestros.
(¡Qué espantosamente grandes deben ser estos espacios,
ya que milenios de nuestros sentimientos no los colman!)
Pero una torre era grande ¿no es verdad? ¡Oh!, Ángel, lo era...
¿no era grande aun a tu lado? Porque Chartres era grande...
Pero más alto y más lejos aún llegaba la música.
¡Oh! Y hasta una simple amante, una amante solitaria
en la ventana nocturna....¿no alcanzaba de rodillas?
No creas que hago una súplica. Ángel, ¡y aunque suplicara!
No vendrás, pues mi llamado está pleno de rechazo;
no puedes andar en contra de una corriente tan fuerte.
Es como un brazo extendido mi invocación. Y, en lo alto,
para asir se abre su mano; y repulsa y advertencia,
ante ti se queda abierta
de par en par...¡oh, Inasible!

Octava Elegía

A Rudolf Kassner

Ven con todos sus ojos las criaturas
lo Abierto. Sin embargo, nuestros ojos
están como al revés y colocados
alrededor de su salida libre
como trampas. Así, lo que está fuera
sólo a través del animal nos llega.
Porque ya al tierno niño damos vuelta
y lo obligamos a mirar atrás,
al mundo de la forma, no a lo Abierto,
que tan profundamente transparenta
la faz del animal. Libre de muerte.
nuestras miradas ven a ésta sólo.
En cambio el animal, que es libre y puro,
tiene siempre el crepúsculo tras ella
y frente, a Dios. Cuando camina, marcha
hacia la eternidad, como la fuente.
Los hombres nunca, ni siquiera un día,
ante sí tienen el espacio puro
donde la flor al infinito se abre.
Siempre está el mundo alrededor. Y nunca
lo que en ninguna parte y sin estorbo;
Lo puro, sin control, que se respira
Y se sabe infinito y no se ansía.
Y a veces, alguien, silencioso, un niño, se extravía en su seno
y es arrancado de él a sacudones.
Tal otro muere y es. Porque la muerte
ya no se ve en el trance de morir;
y quizás nuestro ojos desde entonces,
mirando fijos adelante, tienen
la profunda visión del animal.
Cerca están los amantes, asombrados,
pero entre sí se atajan las miradas.
Como al azar se entreabre tras alguno,
pero el otro no avanza y al instante
se le hace mundo figural de nuevo.
Vueltos a laceración constantemente,
no vemos de ella más que proyecciones,
reflejo de lo libre, oscurecido
por nosotros. O a veces acontece
que un animal levanta la cabeza
y a través de nosotros mira en calma.
¿Qué es el Destino? No más que eso: siempre
estar delante y nada más, delante.

Si el animal que hacia nosotros viene
tranquilo caminando,
fuera conciente como el hombre, al punto
nos haría volver y arrastraría
según el rumbo que su marcha lleva.

Pero su ser para él es infinito,
sin restricción alguna y sin miradas
sobre su estado, puro cual su vista.
Y donde las miradas de los hombres
no ven más que futuro: él lo ve todo
y se ve todo y salvo para siempre.

Con todo, el animal alerta y cálido
carga a su vez un poco de zozobra
y el peso de una gran melancolía.
Pues también se le apega eso que al hombre
domina tantas veces: el recuerdo...
Como si hubiera sido en otros tiempos,
alguna vez...eso a lo cual tendemos
más próximo y más leal, más apegado
y de infinita suavidad su tacto.

Acá todo es distancia; allá era todo
respiración. Después de la primera,
esta segunda vida le parece
ambigua y azotada por los vientos.
¡Oh, ventura sin par de la pequeña
criatura que en el seno permanece
que lo gestara! ¡Oh, dicha del mosquito
que interiormente salta todavía
hasta en sus bodas! Pues, el seno es todo.
Y la seguridad un tanto incierta
del pájaro contempla,
que de ambas participa por su origen,
como si fuera el alma de un etrusco
que saliendo de un muerto al que el espacio
recibió en un sepulcro, sin embargo,
tiene la efigie móvil como tapa.

Y cuánta es la sorpresa del que tiene
que volar, procediendo de un regazo:
se diría el henderse de una taza.
Así la negra huella del murciélago
la porcelana de la tarde rasga.

Y nosotros los hombres: dondequiera
y en todo tiempo espectadores somos
a todo atentos, pero nunca al raso.
Abrumados por ello, lo ordenamos
y se nos desmorona. Nuevamente
lo ordenamos y, al fin, nosotros mismos
también no despeñamos.

¿Quién nos ha hecho girar de esta manera
que, hagamos lo que hagamos, siempre estamos

en la actitud del que se va? Y como éste,
sobre el último cerro que le muestra
una vez más aún todo su valle,
se da vuelta, se para y titubea,
tal vivimos nosotros, despidiéndonos.

Novena Elegía

¿A qué, si es posible pasar de esta vida
las breves jornadas a fuer de laurel
algo más oscuro que los otros verdes,
con hojas de bordes ondeados
(tal una sonrisa del aire), a qué entonces
vivir a lo humano y, al par que evitándolo,
desear el destino?

¡Oh! No es que la dicha sea esa ventaja
fugaz de una pérdida próxima.
No se debe a que seamos curiosos
O para ejercicio dar al corazón,
Las dos cosas tendrían laurel...
Sino porque vale mucho estar aquí.
Y todo lo que aprende parece que nos necesita,
Pues todas las cosas fugitivas rondan
En pos de nosotros de extraña manera.
En pos de nosotros, los más fugitivos.
Cada cosa tan sólo una vez.
Una vez no más.
Y también nosotros una sola vez,
Jamás otra vez.
Pero este haber sido una vez,
Aunque sea una única vez:
Haber sido terrestre parece
que es irrevocable.

Y nos afanamos, queremos cumplirlo
Y en nuestras sencillas manos contenerlo
Y en nuestra mirada más llena y en nuestro corazón sin habla.
Pues, llegar queremos a serlo. ¿A quién darlo?
Lo mejor sería retenerlo todo, todo y para siempre.
Pero -¡ay!- a ese reino de otras relaciones
¿qué podemos llevarnos de aquí?
No el saber mirar
Que aquí poco a poco se aprende,
Ni suceso de este mundo. Nada.

Sino los dolores. Sino, antes que nada, lo que pesa, sino
La larga experiencia del amor... Y nada más
Que lo inefable.

Sin embargo, luego, bajo las estrellas
¿qué hacer? ¡Si son tanto más inexpresables!

Baja el caminante la cuesta de la alta montaña,
Mas no trae al valle ni un solo puñado
De tierra, indecible para todos; pero...
Trae una palabra que ganó, purísima:
La genciana amarilla y azul.

¿Acaso nosotros estamos aquí
para decir: casa, puente, aljibe, puerta, cántaro ventana...
o columna, torre...cuándo más?. Entiéndelo:
para decir eso que jamás las cosas han soñado nunca
ser íntimamente. Cuando a los amantes
los insta a que toda cosa y cada una
en sus sentimientos se torne hechizada
¿no es una escondida y astuta añagaza de esta tierra muda?

Umbral: ¿Y qué importa
que estos dos amantes a la vez desgasten
un poco el umbral, bastante más viejo que ellos, de su casa,
después de tantísimos que los precedieron
y antes que los nuevos... con ligero andar?

Aquí está de las cosas decibles el tiempo. Aquí esta su patria.
Habla y reconócelo. Más que nunca ahora
se extinguen las gratas cosas convividas,
pues las que las botan, reemplazándolas,
son obras sin alma.
Obras bajo cuyas costras que de buena gana revientan de pronto
cuando dentro de ellas la acción se disipa y adquiere otros límites.

Entre los martillos, con todo, subsiste nuestro corazón,
como entre los dientes la lengua
que sigue, no obstante y a pesar de todo,
siendo la que alaba.

¡Oh! Canta del mundo la alabanza al ángel, no del inefable,
pues ante él no puedes ostentar la gala de tus experiencias.
En el universo donde el ángel siente
con una más fina sensibilidad,
tú eres un novicio.
Muéstrale, por tanto, lo simple,
que habiendo en el curso de generaciones tomado una forma,
como cosa nuestra, junto a las miradas
y junto a las manos, vive con nosotros.
Nómbrale las cosa. Quedará asombrado, más que tú en la casa
del soguero en Roma o ante el alfarero del remoto Nilo.
Muéstrale también
qué feliz puede ser una cosa, qué inocente y nuestra;

cómo el dolor mismo que se queja, puro, consiente la forma,
sirve como cosa o para ser cosa muere...y más allá,
venturosamente del violín escapa. Y todas las cosas,
que viven el sino de caer, comprenden que tú las celebras.
Tan perecederas,
creen que nosotros, más perecederos, podemos salvarlas.
en nuestro invisible corazón desean que las transformemos
del todo en nosotros -¡oh, infinitamente!- seamos lo que seamos.

¿No es lo que tú quieres ¡oh, tierra!: invisible
nacer en nosotros?
¿No es ser invisible tu sueño, algún día? ¡Oh, tierra!. ¡Invisible!.
¿Cuál es tu imperioso mandamiento sino
la transformación?
Tierra, amada mía, yo lo quiero. Oh, créeme:
ya no harían falta muchas primaveras para conquistarme,
una es demasiado;
¡ay! Basta con una ya para mi sangre.
Inefablemente consiento contigo; llego desde lejos
a tu seno. ¡Siempre tenías razón y tu santo numen
es la muerte amiga.
¡Ah!. Mírame: vivo. ¿De qué?. Ni la infancia
ni el futuro menguan...En mi corazón
brota una existencia superabundante.

Décima Elegía

Ojalá, algún día, fuera de esta horrible visión que me acosa,
suba hasta los ángeles propicios mi canto de júbilo y gloria.
Ojalá en las cuerdas blandas, intermedias o agudas no falle
ni un solo martillo de claro tañido de mi corazón.
Ojalá mi rostro bañado de llanto me haga más espléndido.
Ojalá esta simple lágrima florezca.
¡Oh, noches de cuita, cuánto más amadas me seréis entonces!
¿Qué más de rodillas -¡oh, desconsoladas hermanas!- no estuve
para recibirlos?. ¿Qué a vuestros cabellos sueltos no me ha dado
más suelto a mi vez?.
En verdad, nosotros los disipadores de dolores somos.
¡Ah!. ¡Cómo en la triste duración oteamos su posible término!
Pero ellos, realmente, son para nosotros
la fronda de invierno, la oscura pervinca;
una de las épocas del año secreto...no sólo una época:
son lugar y asiento también, campamento, suelo y residencia.

¡Qué extrañas callejas son las que recorren la ciudad del Dolor,
donde en el silencio falso, fabricado de estruendo, con ímpetu,
fluido metálico que desde el vacío del molde chorrea,
alardea el ruido de oro, el monumento reventón estalla!.
¡Cómo ese mercado de consuelo un ángel les pisotearía,

junto con la iglesia que compraron hecha: bien pulcra y cerrada
y decepcionada como en los domingos un correo a solas!
Fuera, mientras tanto, se erizan los bordes de la feria. ¡Buzos
y volatineros del afán!. ¡Columpios de la libertad!
Y el campo de tiro de la acicalada ventura, en figuras,
donde desde el hito todo patalea y a hojalata suena
cuando un más certero tirador lo alcanza y después en medio
de aplausos y azares se va tambaleando; pues los baratillos
se procuran todas las curiosidades
y tamborilean y chillan. No obstante, para los adultos
hay algo ex profeso:
ver cómo, anatómicamente, pulula el dinero;
no como jarana simplemente: el órgano sexual del dinero,
con todas las partes del acto, el proceso...lo que instruye y torna
fecundo...

¡Oh!. Pero enseguida, pronto, en las afueras,
tras la última plancha llena de carteles que rezan: “Sin muerte”,
esa acre cerveza que a los que la beben pareceles dulce
cuando al mismo tiempo sin cesar mastican nuevos pasatiempos,
inmediatamente, detrás de esa valla... se tiende lo real.
Hay niños que juegan y amantes que, graves y a solas,
en la hierba rala se abrazan y perros que cumplen su instinto.
Pero el joven todavía sigue andando. Quizás de una joven
Queja se ha prendado. Llegan a unos prados. La Queja le dice:
“Lejos. Allá lejos vivimos...”.

¿En dónde?. Y el joven la sigue.
Lo incita su porte. Su cuello, sus hombros...acaso procede
de una noble cuna. Pero la abandona, se vuelve y desvía,
haciéndole señas...

¿A qué?. Es una Queja.

Tan sólo los muertos jóvenes que pasan el primer estado
de estar impasibles y fuera del tiempo, desacostumbrándose,
la aman y la siguen. Ella, a las muchachas
escoge y conquista su amistad. Les muestra sigilosamente
cuanto lleva. Perlas de Dolor y el fino velo de la santa
Paciencia.

Con la gente joven camina en silencio.

Pero donde moran, allá en los más bajo del valle, una Queja
de las más ancianas se ocupa del joven que pregunta. Dícele:
“Allá en la montaña grande nuestros padres explotaron minas
y aún entre los hombres hallarás a veces un trozo tallado
del Dolor primero o escorias de pétreo cólera salidas
del volcán antiguo. Sí, de ahí provienen. Antes fuimos ricas”.
Y a través del vasto país de las Quejas lo guía, ligera;
le muestra los templos y las columnatas, le muestra las ruinas
de esa fortaleza desde donde el Príncipe, en tiempos pasados,
reinaba, prudente; le muestra los altos árboles de lágrimas,
le muestra los campos de melancolía floreciente...(Apenas

como una apacible fronda los conocen vivos ahora)
y los animales pastando...Y a veces, azorado, un pájaro
horizontalmente volando en el campo de sus ojos, traza
la imagen escrita de su solitario grito en el espacio.
De tarde lo lleva más lejos, a ver los sepulcros
de los antiguos de su gran stirpe, sibilas y augures.
Mas, cuando anochece, caminan con pasos más suaves...y pronto
el túmulo fúnebre que vela remonta,
lunar, por encima de todas las cosas:
hermano de aquél junto al Nilo.
de la augusta Esfinge... rostro de la cámara
secreta.
Y atónitos miran la regia cabeza, la que para siempre
y en silencio ha puesto la cara del hombre
sobre otra balanza,
la de las estrellas.

No entiende; la muerte reciente ha mareado
sus ojos. No obstante, la mirada de ella,
detrás del reborde del pschent, levantándose, espanta al mochuelo
que rasando en lento roce la mejilla de curva más tímida,
En el nuevo oído del muerto, sobre hoja doblemente abierta,
con mórbido vuelo,
el indescriptible contorno dibuja.

Y arriba, en el cielo, las estrellas. Nuevas. Todas las estrellas
de este misterioso país del Dolor.
La Queja las nombra lentamente: "Aquí,
mira: El caballero, y esa otra: El cayado. La constelación
Más llena se llama: Corona de frutas. Luego, junto al polo:
La cuna, El camino, La muñeca, El libro que arde, La ventana.
Y allá, en el sureño firmamento, pura, como en una palma
de mano bendita, rutila la M con diáfano brillo,
signo de las madres...
Pero el muerto tiene que seguir su marcha. Y la más anciana
Queja, silenciosa,
lo lleva hasta el paso más hondo del valle
donde hay una fuente
que brilla a los claros rayos de la luna:
la de la Alegría.

Ella, con respeto, nombrándola dice: "Es para los hombres
el río que lleva".

Ya están en la falda de la serranía
y la Queja entonces lo abraza, llorando.
Después él, a solas, entra en la montaña del Dolor primero;
ni una vez su paso desde la insonora suerte repercute.

Pero si los muertos infinitamente nos dieran un símbolo,

nos señalarían quizás los amentos colgados al seco,
vacío avellano, o acaso la lluvia
que en la primavera cae sobre el pardo suelo de la tierra.

Y a nosotros, cuyo pensamiento espera
la dicha que sube,
nos embargaría la emoción que casi
nos aturde cuando
cae algo dichoso.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

